¿Te cuento un cuento?

Relatos clásicos para chicxs
adaptados a lectura fácil

LIBROS Y CASAS

¿Te cuento un cuento?

Relatos clásicos para chicxs
adaptados a lectura fácil

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación
Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros
Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación
Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación
Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación
Lic. Jaime Perczyk

LIBROS Y CASAS

¿Te cuento un cuento?

Relatos clásicos para **chicxs***
adaptados a lectura fácil

*Usamos una x en **chicxs** para incluir a todos los géneros.

Coordinación editorial
Bárbara Talazac y Daniela Allerbon

Edición y compilación
Valeria Laura Sorín

Corrección
Cecilia Ferreiroa, Virginia Lauricella y Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Jimena Celis

Imagen de tapa
Cynthia Orensztajn

Ilustraciones
Fernanda Cohen, Eva Mastrogiulio, María Elina Méndez,
Cynthia Orensztajn y Pablo Picyk

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Adaptación y edición a lectura fácil
Analía Gutiérrez y Julia Otero (Lengua Franca)

El programa Libros y Casas está integrado por
Bárbara Talazac, Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella,
Cecilia Ferreiroa, Juan Fossati y Pilar Amoia

La biblioteca Libros y Casas Accesible es un proyecto articulado entre el Programa Libros y Casas de la Dirección Nacional de Formación Cultural de la Secretaría de Gestión Cultural y el Programa Accesibilidad Cultural de la Dirección Nacional de Innovación Cultural de la Secretaría de Desarrollo Cultural.

¿Te cuento un cuento? : Relatos clásicos para chicxs : adaptados a lectura fácil / Ricardo Mariño… [et al.] ; adaptado por Lengua Franca ; compilación de Valeria Laura Sorin ; ilustrado por María Eva Mastrogiulio… [et al.].– 1a ed compendiada.–
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2022.
Libro digital, HTML – (Libros y casas)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8915-48-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos Clásicos Infantiles. I. Mariño, Ricardo. II. Lengua Franca, adapt. III. Sorin, Valeria Laura, comp. IV. Mastrogiulio, María Eva, ilus.
CDD A863.9282

Programa Libros y Casas

La lectura nos hace más libres.
Nos ayuda a analizar la información que recibimos
y a formarnos ideas propias.
Somos conscientes de nuestros derechos y obligaciones,
y de cómo podemos participar en la comunidad.

Además, la literatura estimula la imaginación,
potencia la creatividad, amplía nuestro mundo
y nos prepara para usar nuevas tecnologías.

La biblioteca Libros y Casas te acerca
literatura para grandes y para chicxs.
Tiene poesías, libros ilustrados,
y **clásicos**[1] de la literatura argentina y universal.

[1] Los **clásicos** de la literatura son obras valiosas,
que siguen gustando aunque el tiempo y las modas pasen.

Además, tiene una guía
sobre los derechos de las mujeres
y de las **diversidades de género**[2].

Esta colección está dirigida a todas las familias.
A las beneficiarias de los **Planes Federales de Vivienda**[3] y a las que participan en actividades dentro de bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Vos y cada integrante de tu familia
podrán encontrar las historias que más les gusten.

[2] Los géneros son un conjunto de características y roles que la sociedad espera de las personas.
Por ejemplo, los comportamientos que espera de los varones son diferentes de los comportamientos que espera de las mujeres y de las personas con otras identidades.
La **diversidad de género** son los distintos géneros que hay.

[3] **Los Planes Federales de Vivienda** permiten que las familias tengan su primera vivienda propia o que mejoren su vivienda actual.

Programa Libros y Casas

Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de **enigma**[4];
poemas de diferentes épocas
y un libro de **mitos** y **leyendas**[5] de pueblos originarios.

El programa *Libros y Casas* nació en 2007.
Desde ese momento, ofreció más de mil talleres de lectura.
Facilitó más de 100 mil bibliotecas.
Y entregó casi 2 millones de libros en todo el país.

Te invitamos a conocer y leer estos libros.
A que los compartas con tus familiares, amigxs y vecinxs.
A que los lleves con vos y te acompañen a donde vayas.
Esperamos que esta biblioteca te dé momentos de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

[4] Un **enigma** es una frase, objeto o situación que tiene un significado escondido.

[5] Los **mitos** son relatos que sirven para explicar el mundo.
Las **leyendas** son historias que combinan elementos reales con elementos fantásticos.

10 motivos para tener libros en casa

1. Porque hablar de libros
e intercambiar opiniones sobre lecturas
llena momentos que de otro modo estarían vacíos.

2. Porque la lectura nos permite
ser una persona única,
con pensamientos propios,
que no se deja convencer con facilidad
por las ideas de otrxs.

3. Porque en una biblioteca podemos encontrar
respuestas a algo que nos pasa.

4. Porque la lectura no es un lujo.
Leer y participar de la cultura son derechos.

5. Porque leer nos invita a pensar, sentir,
experimentar e imaginar.

6. Porque las creaciones literarias de otrxs
nos permiten descubrir
aspectos de nuestra historia que desconocemos.

Programa Libros y Casas

7. Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades
para interactuar con el mundo.

8. Porque tener libros nos permite leer en soledad
y también de manera colectiva,
junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.

9. Porque podemos apropiarnos de los libros,
recorrerlos con libertad,
a nuestro tiempo, modo y antojo.

10. Porque al leer descubrimos cosas que no tenemos,
experiencias que no vivimos, lugares que no conocemos.
Y cuando descubrimos algo que no tenemos,
aparece el deseo.
Por eso, la lectura pone en movimiento nuestros deseos
y así activa nuestra vida.

Índice

13. **Introducción**

20. **Hansel y Gretel**
Autor de esta versión: Ricardo Mariño
Ilustraciones: Eva Mastrogiulio

42. **Caperucita Roja**
Autor de esta versión: Franco Vaccarini
Ilustraciones: María Elina Méndez

58. **La princesa y el guisante**
Autora de esta versión: María Cristina Ramos
Ilustraciones: Cynthia Orensztajn

78. **Pedro y el lobo**
Autora de esta versión: Liliana Bodoc
Ilustraciones: Pablo Picyk

98. **La sopa de piedra**
Autora de esta versión: Ruth Kaufman
Ilustraciones: Fernanda Cohen

Introducción

Las personas de Latinoamérica
somos el resultado del amor entre gente
de orígenes muy diferentes.
Tenemos raíces americanas, europeas,
asiáticas y africanas.
Y nuestra cultura tiene elementos de todo el mundo.

**· ¿Sabías que algunos instrumentos musicales
muy usados en el folclore argentino
nacieron en otros países?**

El piano, el bandoneón y el violín
nacieron en Europa.
La guitarra llegó a América con los españoles.
Y el bombo tuvo versiones en todos los continentes.
¡Quién podría tocar una zamba argentina
sin bombo ni guitarra!

Los músicos argentinos supieron combinar
todo tipo de instrumentos
para crear ritmos musicales como el carnavalito
la chacarera, el chamamé y el tango.

**· ¿Sabías que durante años estuvo mal visto
que los personajes de un cuento
se trataran de "vos" o de "che"?**

Antes muchas personas pensaban
que no hablábamos bien el idioma castellano.
Que sólo en España lo hablaban bien.
¡Pero en América hay muchos más hablantes
de castellano que en España!
Lo hablamos con características propias.
Porque el castellano de acá tiene la influencia
de las lenguas de los pueblos originarios
y las lenguas de los inmigrantes.

Durante 500 años, personas de todo el mundo
llegaron a los puertos argentinos.

Eran personas de buena voluntad
que trajeron sus amores, sus costumbres
y sus sabores.
Y junto con sus lenguas, trajeron
las historias y los relatos
que se contaban en las familias.

Apenas los recién llegados adoptaron
las costumbres del mate y el asado con amigos,
esas historias se colaron por las mesas.
Así, las brujas, las princesas
y los **pícaros**[6] de los cuentos
circularon con libertad de boca a oreja.

· ¿Sabías que estos cuentos nos pertenecen a todos?

Este libro recoge algunos de esos relatos.
Como los ritmos musicales, mezclan elementos
de otros países con elementos propios.

[6] Una persona **pícara** es alguien
que sabe obtener beneficios usando su simpatía.

Liliana Bodoc, Ruth Kaufman, Ricardo Mariño,
María Cristina Ramos y Franco Vaccarini
nos prestan sus voces para contar la historia de:
· un pastorcito mentiroso,
· un soldado con hambre,
· dos hermanitos perdidos,
· una princesa náufraga,
· y una nena a la que le encantaba el color rojo.

Y las cuentan con nuestro modo de hablar.

Antes de que nadie los escribiera,
estos relatos eran parte de la tradición oral.
Es cierto que el francés Charles Perrault
publicó la historia de la niña de la caperuza roja
por primera vez en 1697.
Pero antes recogió esta y otras historias
de boca de los campesinos franceses.

Un siglo más tarde, en Alemania,
los hermanos Wilhelm y Jacob Grimm publicaron
libros con los cuentos que habían escuchado
de boca de las hermanas Dorothea y Gretchen.
Ellas los habían escuchado de la vieja Marie.
Y así se fueron transmitiendo de persona a persona.

Por eso, estos cuentos nos pertenecen a todos.
Y eso quiere decir que son tuyos también.

Hansel y Gretel

Origen: **Alemania**

Este cuento es muy antiguo.
Antes, se contaba en voz alta.
Y quienes lo oían se asustaban.

Después, los Hermanos Grimm
lo publicaron.
Fue en 1812.

Autor: **Ricardo Mariño**
Adaptación a lectura fácil: **Lengua Franca**
Ilustraciones: **Eva Mastrogiulio**

*

Hansel y Gretel vivían en una cabaña
donde terminaba el bosque.

El bosque tenía cosas maravillosas.
Pero también daba miedo.
La gente decía que estaba encantado,
que había fantasmas, animales que hablaban,
brujas y criaturas extrañas.

Hansel y Gretel no tenían miedo
porque siempre recorrían el bosque con su papá.
Él era leñador y llevaba una gran hacha
para cortar madera.

Pero un día, Hansel y Gretel
escucharon una conversación
que los preocupó y les dio miedo.

Los chicos estaban en su habitación,
cuando escucharon que el papá y la **madrastra**[1]
conversaban en el piso de abajo.

[1] La **madrastra** es la nueva esposa del padre.

El hombre estaba desesperado.
Trabajaba noche y día, pero el dinero no alcanzaba.
A veces podían comprar un poco de harina
para amasar pan.
Pero otras veces ni siquiera eso.

—No voy a poder alimentar a mis hijos
—se lamentaba el padre.

La madrastra habló en voz baja
para que los chicos no oyeran.
Pero igual la escucharon.

—Se me ocurre algo —dijo la mujer—.
Si la comida no alcanza para toda la familia,
¿por qué no abandonamos a los chicos
en el bosque?

El papá se horrorizó:

—¡No puedo abandonar a mis hijos!
¡Y menos en el bosque
donde hay brujas y fantasmas!

—¡Pero las brujas y los fantasmas
no existen! —dijo la mujer para convencerlo—
Además, puede ser que una persona buena
los encuentre y les dé algo de comer.

La madrastra insistió tanto
que el hombre terminó aceptando.

En la habitación de arriba,
Gretel se puso a llorar.

—Nos van a dejar en el bosque...
—le dijo a su hermano.

Y se secó las lágrimas con la manga de la remera.
Pero Hansel le pasó una mano sobre el hombro
y la consoló:

—Tengo una idea que nos puede salvar.

Al amanecer del día siguiente, la madrastra
despertó a los chicos.

—¡Arriba, **perezosos**[2]!
Tenemos que ir al bosque a buscar leña.

Los chicos fueron a lavarse la cara
y la madrastra los apuró:

—¡Vamos! Aquí tienen algo para comer.
Pero guárdenlo para la hora del almuerzo.
Miren que después no van a tener nada más.

El padre, la madrastra y los dos chicos
iniciaron la caminata por el bosque.

[2] Una persona **perezosa** tiene poca voluntad para hacer las cosas.

Mientras se alejaban, Hansel paraba una y otra vez
para mirar hacia atrás.

—¿Qué estás mirando, hijo?
—preguntó el papá.

—Estoy mirando a mi gatito blanco
que quedó sobre el tejado.

Pero Hansel no miraba a su gatito.
Paraba para echar migas de pan en el camino.
Así, cuando quedaran abandonados en el bosque
podrían seguir las migas
y recorrer el camino de vuelta a casa.

A medida que avanzaban, el bosque
tenía más árboles con flores y frutos coloridos.
Llegaron a un lugar donde los árboles
estaban tan juntos
que los rayos del sol no entraban.
Allí el padre se detuvo y dijo:

—Ahora recojan unas ramas, hijos.
Vamos a encender un fuego
para que no sientan frío.

Hansel y Gretel juntaron leña
y formaron un montoncito.
Cuando lo encendieron y las llamas crecieron,
la madrastra dijo:

—Quédense junto al fuego
mientras nosotros vamos a cortar leña.
Cuando terminemos, volveremos a buscarlos.

Hansel y Gretel se sentaron junto al fuego.

Al mediodía, cada uno comió su pedacito de pan.
Después de estar largo rato sin moverse,
se durmieron con profundidad.

Cuando se despertaron, estaban solos
y ya era de noche.

—¿Y ahora cómo volvemos? —lloró Gretel.

—Tranquila —la calmó Hansel—.
Cuando la luna salga iluminará el camino.
Podremos ver las migas de pan,
y reconocer el camino.
Entonces, volveremos a casa.

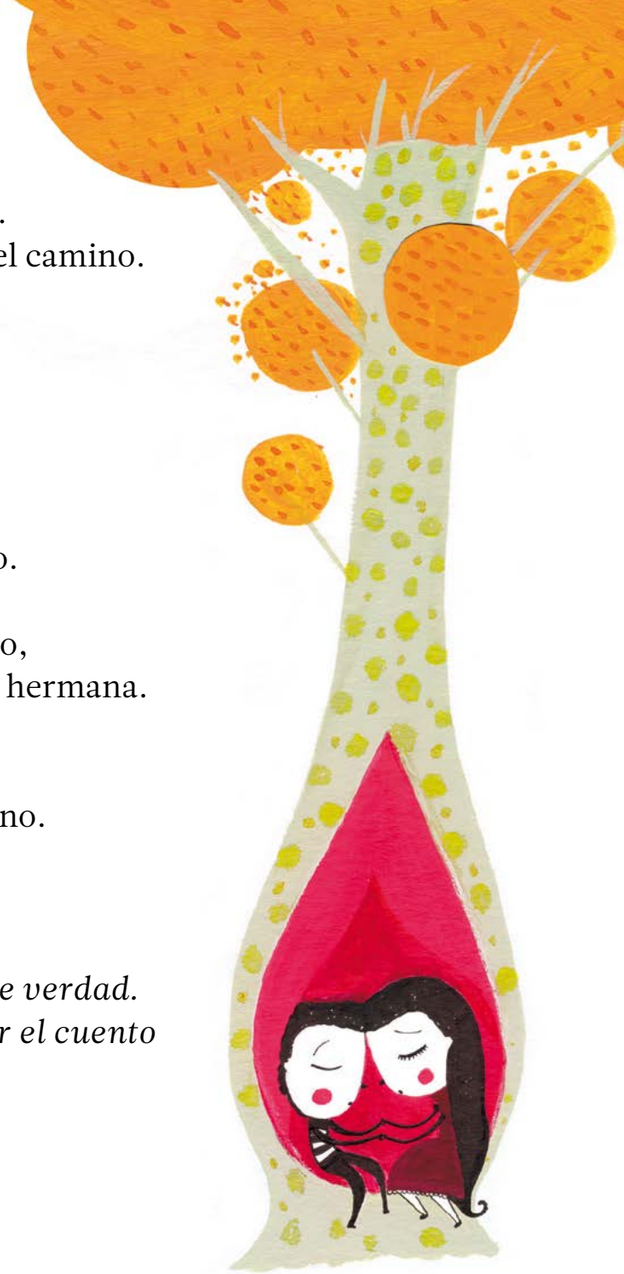
Pero cuando la luna salió,
las migas de pan no estaban.
Los pájaros se las habían comido.

Hansel trató de mostrarse seguro,
pero tenía tanto miedo como su hermana.

—No te preocupes —dijo.
Igual vamos a encontrar el camino.

Pero no lo encontraron.

Atención: lo que sigue asusta de verdad.
Muchos lectores prefieren dejar el cuento
en este punto.
Pero otros, se animan a seguir
como Hansel y Gretel.



Hansel y Gretel caminaron
toda la noche y todo el día siguiente
sin poder salir del bosque.
Hacía mucho calor y escuchaban
ruidos extraños entre las plantas.

Al atardecer del segundo día,
se sentaron a descansar bajo un árbol.
Estaban tan cansados
que se quedaron dormidos.

Al otro día se despertaron
y vieron un pajarito blanco
sobre la rama del árbol.
Su canto era tan hermoso que, cuando voló,
los chicos lo siguieron.

Así llegaron a una casita en el bosque.
Pero no era una casa de madera común.
¡Estaba hecha de golosinas!
Las paredes eran de torta
y galletitas pegadas con dulce de leche.
El techo era de chocolate
y los vidrios de las ventanas de caramelo.

Los chicos gritaron de alegría
Y arrancaron pedazos de la casita
para comérselos.
En cinco minutos, las paredes
tenían marcas de dientes por todos lados.
Hansel le convidaba
un pedazo de chocolate a su hermana
cuando los sobresaltó una voz.

Una mujer viejísima, llena de arrugas
y apoyada en un bastón
los miraba sonriendo
en la puerta de la casa.

Hansel y Gretel se asustaron tanto,
que las golosinas que tenían en las manos
cayeron al suelo.

—¡Qué hermosos niños! —dijo la anciana
mientras pensaba: “Lindos y sabrosos.
Dan ganas de comerlos”.

Pero trató de mostrarse amable:

—¿Cómo es que andan solos
por el bosque?
¿No saben que está embrujado?
¡Entren, entren!

Hansel y Gretel desconfiaban
de la anciana.

Pero era verdad: el bosque
era muy peligroso y estaban cansados.
Así que aceptaron la invitación.

La anciana los llevó de la mano y los hizo entrar.
Les sirvió leche, masitas y tortas.
Después los llevó a una habitación
donde había dos camas muy cómodas.
Los chicos se durmieron tranquilos.
Pensaban que estaban a salvo de los peligros.

Pero la anciana era una bruja y tenía un plan:
¡Comérselos como hacen las brujas
en los cuentos de hadas!
Los niños eran el alimento principal de la bruja
y cuando conseguía uno, era un día de fiesta.

La bruja largó una carcajada de bruja,
una carcajada larga y maléfica.
Pero los chicos estaban tan cansados
que no oyeron nada.

A la mañana temprano, la bruja se levantó
y fue hacia donde dormían los chicos.
Se acercó a Hansel y pensó:
“¡Qué rico bocado será este!”

Luego la bruja agarró a Hansel
con su mano llena de **verrugas**[3]
y lo arrastró hacia un **corral**[4] con rejas.
Allí lo encerró.

Después fue a despertar a Gretel.

—¡Arriba, perezosa!— le dijo la bruja—.
Tenés que cocinar algo rico para tu hermano.
Quiero que esté bien gordo para comérmelo.

Gretel se puso a llorar con tristeza,
pero tuvo que obedecer.

Desde ese momento, Hansel comía los mejores platos
y Gretel recibía las sobras.

Cada mañana, la anciana iba al corral
para comprobar si Hansel engordaba.

—Hansel —lo llamaba—,
mostrame tu dedito.
Quiero ver si está más gordito.

[3] Las **verrugas** son pequeños crecimientos en la piel.

[4] Un **corral** es un lugar donde se encierra a los animales.

Pero Hansel la engañaba.
Como la bruja tenía los ojos rojos y casi no veía,
él le mostraba un huesito de pollo
en lugar de su dedo.
Así la bruja pensaba que seguía flaco
y no se lo comía.

Pero un día la bruja se cansó:

—Gordo o flaco, mañana voy a cocinar a Hansel.

Gretel se puso a llorar
y la bruja se enojó más.

—Llorar no sirve de nada —dijo—.
Ya encendí el horno.
Primero vamos a hacer el pan.
Para saber si el horno está caliente
tenés que meterte adentro.

Gretel se dio cuenta de que era una trampa.
La bruja quería que ella entrara en el horno
para cocinarla y comérsela.

—¿Cómo hago para entrar en el horno?
—preguntó Gretel con voz inocente.

—¡Pero qué boba! ¡Así! —exclamó la bruja.

Y cuando metió la cabeza en el horno,
Gretel aprovechó y le dio un empujón
que la lanzó adentro.
Entonces Gretel cerró la puerta y salió corriendo.

La bruja soltó un grito horrible
y después se deshizo en un humo verde
con un olor espantoso.
El humo salió por la chimenea
y se fue con el viento.

Gretel corrió en busca de su hermano:

—¡Hansel, estamos salvados!
¡La bruja ha muerto!

El joven salió como un pájaro
al que le abren la jaula.
Los dos se abrazaron, gritaron
y bailaron de alegría.
Luego, entraron a la casa de la bruja
y encontraron **cofres**[5] con joyas
con perlas y piedras preciosas
en todos los rincones.

[5] Un **cofre** es un mueble con forma de caja que sirve para guardar objetos.

—¡Llevemos esto a casa! —dijo Hansel.
La familia no pasará hambre
con tanta riqueza.
Y así no querrán abandonarnos
en el bosque.

Y se llenó los bolsillos
con tantas joyas como pudo.

—¡Somos ricos! —exclamó Gretel
mientras llenaba el bolsillo de su delantal—.
Ahora tenemos que irnos
y salir del bosque encantado.

Caminaron un rato hasta que el paisaje
se hizo familiar.
Cuando vieron la casa de su padre a lo lejos,
echaron a correr y entraron a la cabaña.

Al llegar, saltaron al cuello del padre.
El hombre no había tenido
un momento de alegría
desde que abandonó a los niños
en el bosque.

La madrastra había muerto.

Gretel sacudió su delantal
y desparramó las joyas con perlas
y piedras preciosas por el suelo.
Hansel sacó puñados y puñados de los bolsillos.

—¡No volveremos a pasar hambre!
¡Se acabaron las preocupaciones! —gritó Hansel.

Pero de pronto se quedó mudo.
Las perlas y piedras desaparecían
apenas tocaban el piso.

El padre los abrazó y les dijo:

—Eso no tiene importancia, hijos
Trabajaremos más y nos arreglaremos como sea.
Pero viviremos juntos y felices.

*

Caperucita Roja

Origen: **Francia**

El escritor francés
Charles Perrault
escribió “Caperucita Roja”
en 1697.

Mucho tiempo después,
los hermanos Grimn
escribieron la historia otra vez
y la publicaron en Alemania.

Autor de esta versión: **Franco Vaccarini**
Adaptación a lectura fácil: **Lengua Franca**
Ilustraciones: **María Elena Méndez**

*

Hace mucho tiempo vivía una niña adorable.
Todo el mundo la quería.
Pero su abuela la quería más que nadie.

Un día la abuela le regaló una caperuza roja.
La niña quedó tan encantada
que usaba la caperuza todo el tiempo.
Por eso la llamaban Caperucita Roja
y ahora nadie recuerda su nombre.

Una vez, la mamá de Caperucita Roja le pidió
que le llevara licor y tarta a la abuela.

La abuela vivía en el bosque,
a media hora de caminata.
El camino no era peligroso.
Pero Caperucita debía seguir
las recomendaciones de su mamá:

—Nunca te apartes del camino.
¡Y cuidado con el lobo!
Andá directo a la casa de la abuela
y volvé antes de la noche.

La niña salió de casa con una canasta
donde llevaba licor y tarta.

Mientras cantaba alegre,
alguien con voz gruesa la interrumpió:

—¡Qué voz tan hermosa tenés, querida!
Lástima que vas tan concentrada
y no mirás las flores que hay en el bosque.

Caperucita se sorprendió.

—Sí que las miro— dijo.

Recién entonces se dio cuenta
de que ese alguien era el lobo.
Era un animal enorme,
con el **hocico**[1] húmedo, la boca grande
y dos dientes largos y afilados a cada lado.

"¡Zas! Metí la pata. No debí responderle"
—pensó Caperucita.

[1] El **hocico** es la nariz de algunos animales.

Pero el lobo fingía ser amistoso
e inofensivo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A la casa de mi abuela.
Está más allá del árbol gigante con espinas,
después del **molino**[2] viejo,
justo al lado de los tres árboles.

Caperucita Roja sintió que hablaba de más.
Pero igual continuó:

—Mi madre le envía una tarta riquísima
y un licor casero a mi abuelita.
El licor lo prepara ella y le sale delicioso.
Aunque yo nunca lo probé
porque soy una niña.

[2] Un **molino** es una máquina que gira con el viento.
Por lo general, está ubicada en la parte alta de una torre.

Y mientras hablaba y hablaba sin parar
el lobo pensaba:
“Qué niña rosada, gordita y jugosa.
Hummn”.

Entonces, imaginó un plan para comérsela.
Llegaría a la casa de la abuela
antes que Caperucita
y se comería a la anciana.
Después, esperaría a la niña
y se la comería también.

Para eso, debía lograr que Caperucita
se entretuviera en el bosque.

—Está bien que vayas por el camino
—dijo el lobo con tono amable—
Pero también podrías apartarte un poco
para juntarle flores a tu abuelita.
No te llevaría mucho tiempo.
Pero bueno, hacé como quieras.

Y se fue.

Caperucita le hizo caso al lobo.
Salió del camino
y se puso a cortar flores para su abuela.
Primero cortó unas flores cercanas,
después otras que estaban más lejos.
Así se entretuvo un buen rato
sin darse cuenta.

Mientras tanto, el lobo llegó
a la casa de la abuela
y golpeó la puerta.

—Abuela, soy yo —dijo el lobo
imitando la voz de la niña.

—¡Oh, Caperucita! Abrí vos misma.
Me siento algo enferma
y estoy en la cama.

El lobo entró en la casa
y fue directo a la cama.
Abrió su boca enorme
y se tragó a la anciana de un bocado.

Luego el lobo se puso un vestido de la abuela
y un gorro de dormir.
Corrió las cortinas del cuarto para que hubiera poca luz.
Y se metió en la cama.

Caperucita seguía juntando flores en el bosque.
Ya tenía un **ramillete**[3] cuando se dio cuenta
de que había pasado mucho tiempo.
"¿Qué estoy haciendo?
Todo al revés de lo que me pidió mamá"
—pensó.

Y corrió a la casa de la abuela.
La puerta estaba entreabierta.
Y la niña se sorprendió.

—¿Abuela? Soy yo, Caperucita.

—Querida mía, pasá.
No me siento bien, estoy en la cama
—dijo el lobo con voz de abuelita.

Caperucita empujó la puerta y entró.

[3] Un **ramillete** es un ramo pequeño de flores.

Caperucita notó que la abuela estaba cambiada.
Descorrió las cortinas para verla mejor.

—Querida abuela… qué cambiada estás.

—Oh, sí, querida nietita,
es que me siento tan enferma…

—Pero ¡qué orejas tan grandes tenés!

—¿Lo decís en serio? —preguntó el lobo—.
Son para oírte mejor.

—¡Y qué ojos tan grandes, abuela!

—Son para verte mejor.

—Y qué boca tan grande, abuela…

—¡Es para comerte mejor!

El lobo dio un salto y se tragó a la niña entera.

Tanto había comido que volvió a la cama
y se quedó dormido y roncando fuerte.

Un leñador que le llevaba leña a la abuela
oyó los ronquidos y pensó:
“Caramba, ¡cómo ronca la abuela!
¿Estará bien? Algo le pasa”.

El leñador entró en la casa sin dudar.
Vio al lobo
que estaba en la cama,
en camisón y con la panza hinchada.

—¡Maldito! Te comiste a la abuela
—dijo el leñador.

Y lo apuntó con la escopeta.
Pero pensó que por ahí
la abuela seguía viva.
Entonces, abrió la panza del lobo
con unas tijeras.

Caperucita salió asustada, pero viva.
Al verla, el leñador se sorprendió.
No sabía que el lobo
también se había comido a la niña.

—¡Qué oscuro estaba dentro de la panza del lobo!
—dijo Caperucita—.
¡Rápido! ¡Hay que salvar a mi abuela!

El leñador sacó a la abuela
que apenas podía respirar.
Pero la anciana se recuperó pronto
y se abrazó con Caperucita.

Después la niña puso piedras en la panza del lobo
y el leñador lo cosió.

Al rato, el lobo abrió los ojos y quiso caminar.
Pero estaba tan pesado que se cayó y murió.

Las dos mujeres le dijeron “gracias” al leñador.
Y el hombre se fue contento
por haber hecho una buena acción.

La abuela comió la tarta y bebió el licor.
El día terminó siendo un buen día.

...

Pasó un tiempo, pero no tanto.
Caperucita volvió a llevar una cesta
a su abuela.
Esta vez con carne asada.

Un lobo con una voz que fingía ser dulce
usó el mismo truco que el lobo anterior.

—¡Eh, niña! ¡Buenos días!...
Fijate qué lindas flores hay en el bosque
y ni siquiera las mirás...
¡Eh! ¿Qué pasa que no respondés?
¿Sos Caperucita Roja?
¿Vas a casa de tu abuela?

Caperucita Roja siguió su camino
sin mirarlo.
Al contrario, apuró el paso,
llegó rápido a casa de su abuela
y le contó:

—¡Lo hubieras visto, abuela!
¡Se notaba en sus ojos que iba a comerme!

—Cerremos bien la puerta —dijo la abuela—.
Seguro que nos quiere engañar
como el otro lobo.

Al rato el lobo golpeó la puerta.
y habló imitando la voz de Caperucita:

—Abuelita, soy tu nieta.
Te traigo carne asada.

Pero la abuela no se dejó engañar
y echó al lobo a los gritos.

—¡Fuera de aquí! —gritó la abuela—.
Sabemos que sos el lobo.
Andate o la vas a pasar mal.

El lobo estaba hambriento.
Se subió al techo de la casa
para esperar a que Caperucita saliera.
Pensaba seguirla y comérsela en el camino.
Pero la abuela oyó los pasos del lobo en el techo
y decidió tenderle una trampa.

Hirvió salchichas y echó el agua
en una gran fuente
que estaba en el frente de la casa.
El agua de las salchichas se mezcló
con el agua de la fuente.

El lobo seguía en el techo.
Cuando sintió el olor pensó:
“Humm… ¡qué aroma!
Y con el hambre que tengo…”.

Estiró tanto el cuello hacia abajo
que resbaló y cayó de cabeza en la fuente.

Y tuvo tanta mala suerte
que se desmayó y se ahogó.

Caperucita volvió tranquila
y cantando a su casa.
Desde ese momento, ningún lobo
se atrevió a molestarla.

*

La princesa y el guisante

Origen: **Dinamarca**

Varias versiones de esta historia
se cuentan desde hace tiempo.
Pero Hans Christian Andersen
la publicó por primera vez
en 1835.

Autora de esta versión: **María Cristina Ramos**
Adaptación a lectura fácil: **Lengua Franca**
Ilustraciones: **Cynthia Orensztajn**

*

Esta es la historia de una princesa
y un **guisante**[1].

La princesa venía caminando en la tormenta.
Tenía que llegar al palacio
que estaba en la cima de la montaña.

Allí vivía un príncipe en edad de casarse.
Era el príncipe del Reino de Nomeolvides.
Un joven alto, con espalda de gigante.
Andaba solitario, como desorientado.

La reina y el rey ya eran ancianos.
Y querían que su hijo, el príncipe, se casara
para continuar con el reinado.
Tiempo atrás le habían dicho:

—Queremos que elijas a una verdadera princesa.

El príncipe no estaba muy convencido.
Pero igual buscó a las jóvenes más bellas
de las tierras cercanas
y las llevó al palacio.

[1] En Argentina, un **guisante** es una arveja.

Los reyes observaron a las jóvenes una por una
pero rechazaron a todas.
Unas por altas, otras por pequeñas.
Unas por **bochincheras**[2] y otras por tímidas.
Otras porque no tenían elegancia.

El príncipe decidió seguir buscando
en los reinos vecinos.
Sacó ropas del cuarto de los jardineros
y se vistió de manera sencilla
para que no lo reconocieran.
Montó su caballo blanco y partió.

Galopó[3] a través de la lluvia durante mucho tiempo
hasta que llegó el invierno.
El aire era tan frío que le congeló las pestañas.
Entonces buscó refugio en una casa del bosque.

En la casa vivía una anciana
que lo recibió con una sonrisa.

[2] Una persona **bochinchera** es alguien que hace mucho ruido.
[3] **Galopar** es andar a caballo con rapidez.

El fuego brillaba en la cocina.
El aroma a pan horneándose flotaba en el aire.
Y el vapor empañaba las ventanas **diminutas**[4].

El príncipe nunca había estado
en una casa tan chiquita.
Entró, se acercó al fuego
y pudo recuperar el calor.
Estaba preocupado, pero igual sonrió.

La anciana le preguntó:

—¿Qué busca en mitad del invierno?

—Busco a una princesa para casarme
—respondió el príncipe.

—Qué pena —dijo ella—.
Una princesa pasó por aquí hace unos meses.

[4] Algo es **diminuto** si tiene un tamaño muy pequeño.

La mujer le compartió el pescado
que había cocinado
y una montañita de papas.

Luego el príncipe se quedó dormido.
Y ella lo protegió con una manta
que había tejido con sus propias manos.

El príncipe soñó con una princesa
envuelta en una **túnica**[5] del color del mar.
Al despertar, se despidió y siguió su camino.

Ese atardecer, el príncipe llegó
a la plaza de un reino vecino.
Algunas mujeres jóvenes
paseaban juntando caracolas
y buscando el sol.

[5] Una **túnica** es un vestido amplio y con mangas que llega hasta los pies.

Él se sentía confundido.
Miró a las jóvenes una por una.
Pero ¿cómo saber si alguna de ellas
era una princesa?

De lejos llegaba una canción que decía:

Del día y de la noche nace el agua.
Del día y de la noche nacen los caminos.
Nada encuentra el que no sabe.
Nada encuentra el ***peregrino***[6].

El príncipe dio una vuelta a la plaza
montado en su caballo.
Quería encontrar a la dueña de esa voz.
Pero no la encontró.

Entonces buscó otra vez el camino
y galopó hasta el reino siguiente.

[6] Un **peregrino** es alguien que camina o viaja por tierras extrañas.

En ese reino había una feria.
Los feriantes venían de tierras lejanas
y hablaban idiomas extraños.

Muchas mujeres jóvenes recorrían el lugar.
Algunas llevaban ropas bellas.
Seguro que habría una princesa entre ellas.
Pero ¿serían verdaderas?
¿A cuáles debía mirar el príncipe?
¿A las que tenían brillos y **destellos**[7]?
¿O a las que tenían un temblor suave en los ojos
como las hojas de los árboles en el bosque?

El príncipe se acercó a una joven y le pidió agua.
Pero ella no lo escuchó.
Se interesó más por unas telas bordadas en oro
que ofrecía un mercader.

[7] Un **destello** es una luz fuerte que dura poco tiempo.

Luego él le pidió agua a otra joven.
Pero esta dejó caer el agua antes de servírsela.

La tercera joven lo mandó a buscar agua
en una **vertiente**[8] a la que iban los enamorados.
Cuando el príncipe oyó “enamorados”,
creyó que por fin había encontrado a su princesa.
Cerró los ojos con esperanza.
Pero cuando los abrió, la joven se había ido.

El príncipe decidió recorrer las islas cercanas.
Cruzó el primer puente y llegó a un lugar tranquilo.
Pero allí solo vivían parejas jóvenes
que criaban a sus hijos pequeños.

Cruzó el segundo puente y llegó a otra isla.

[8] Una **vertiente** es un lugar en la montaña por donde baja agua pura.

En esa isla todos dormían.
Solo los pájaros volaban
y alumbraban los árboles
con sus plumas brillantes.

Era un lugar ideal para calmar su tristeza.
Pero siguió adelante.

Al atravesar el tercer puente
vio a una joven con una túnica azul.
Ella caminaba lento, como si contara sus pasos.
Al acercarse, la chica alzó los ojos
y lo miró como si lo conociera.
Pero fue un segundo apenas.
El caballo se paró en dos patas y salió al galope.

En la isla, un anciano le preguntó:

—¿Qué busca?

—Busco una princesa para casarme
—respondió el príncipe.

—¡Qué pena! —dijo el hombre—.
Una princesa pasó por aquí hace algunas horas.

El príncipe bajó del caballo para descansar.
Entonces escuchó a alguien que cantaba:

Del sol y de la sombra nace el sueño.
Del sol y de la sombra nacen los olvidos.
Nada encuentra el temeroso.
Nada encuentra el distraído.

La voz parecía venir de un bosquecito cercano.
El príncipe la siguió otra vez con curiosidad.
Pero cuando se detuvo para escuchar mejor,
solo oyó los pájaros cantando.

El príncipe no volvió a oír la voz.
Estaba tan cansado que quiso volver a su reino.
El invierno se acercaba otra vez
y él quería protegerse antes de seguir buscando.
Así que galopó hacia su castillo.

Venía una tormenta.
Los nubarrones parecían dragones oscuros
en el cielo.
El príncipe temía a las tormentas desde chico.
Pero ahora era un príncipe hecho y derecho
y no debía asustarse.

Sin embargo, su corazón latía con fuerza,
como el galope de su caballo.

Cuando entró en el palacio,
los truenos fueron más intensos.
El viento **azotaba**[9] las ventanas.
Abrazó a sus padres y cayó rendido.
Durmió durante horas.
Soñó con una joven que se acercaba
con pasos suaves como una paloma
y con un vestido del color del mar.

Alguien golpeó a la puerta.
El príncipe se sobresaltó y se levantó confundido.
El rey preguntó espantado:

—¿Quién puede llegar al palacio
en mitad de esta tormenta terrible?

Al abrir la puerta, una chica apareció
con el vestido maltratado por la lluvia.

—Buenas tardes —saludó la chica.

[9] **Azotar** es dar golpes fuertes uno tras otro.

—¿Quién es usted? —preguntó la reina.

—Soy una princesa—dijo la chica.

La hicieron pasar y trajeron muchas toallas
para secarle la lluvia.

—¿Cómo puede una princesa
atravesar la tormenta? —preguntó el rey.

—¡Qué lindos ojos tiene! —dijo el príncipe en voz baja.

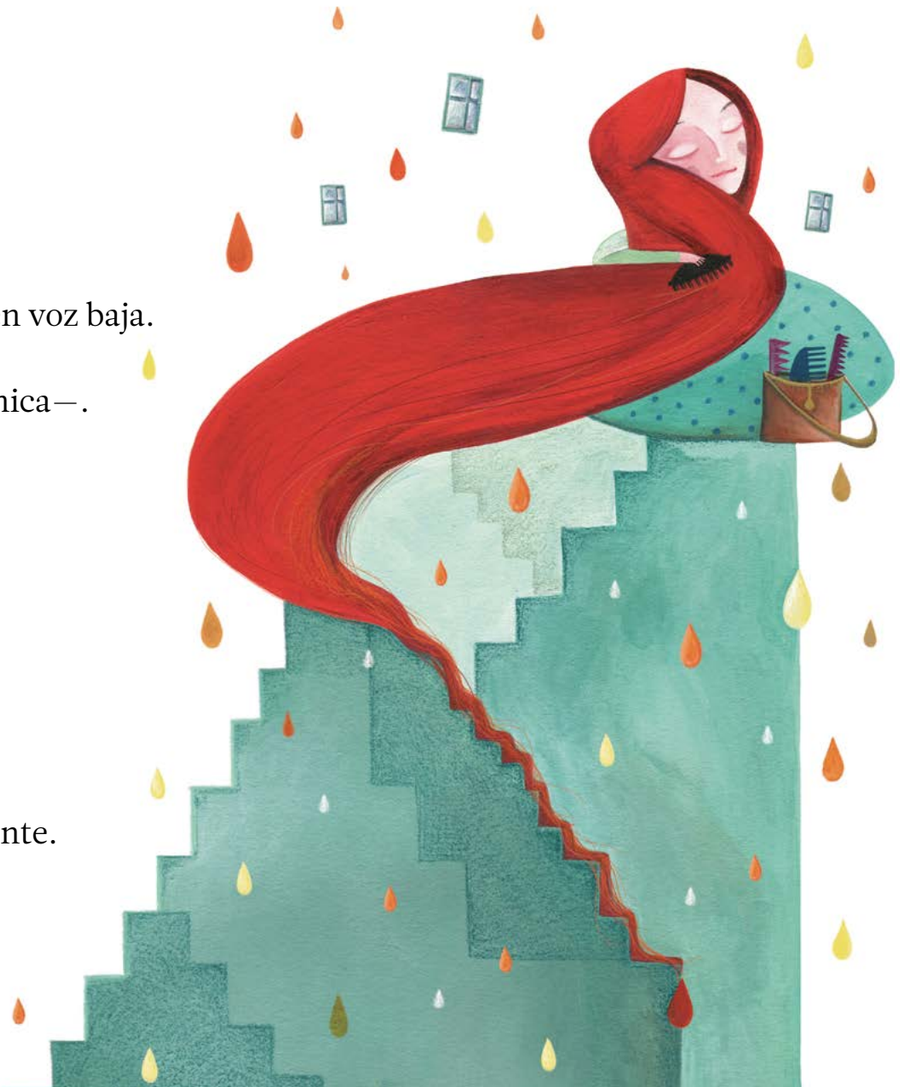
—No solo atravesé esta tormenta —dijo la chica—.
También atravesé el mar
y mi barco se hundió cerca de la costa.
Tuve que nadar para ponerme a salvo.

—Eso es difícil de creer —comentó el rey.

—Entonces voy a demostrárselo, mi señor.

Y abrió la mano donde tenía
una piedra parecida a un corazón transparente.

—Es ámbar, la piedra que flota en el mar
—dijo la joven.



La reina miró con desconfianza y dijo:

—Hay una forma de comprobarlo.

Pidió una copa con agua salada como la del mar
y metió la piedra adentro.
La piedra flotó porque era ámbar.

La reina sonrió y le ofreció a la chica
hospedarse en el palacio.

La chica sacó varios peines de un bolso
y pidió subir hasta lo alto de la escalera.
Allí comenzó a desenredar su pelo largo,
que fue bajando por los escalones.
Gotas de lluvia y de mar salían del pelo.

Mientras el príncipe la miraba peinarse,
pensaba: “Solo una princesa puede tener
un pelo tan largo y tan brillante”.
Esa noche, la reina decidió comprobar
si la chica era una princesa.

La reina le preparó la cama a la chica
con siete colchones
y puso un guisante redondo y pequeño
sobre el colchón de más abajo.

Todo guisante es una semilla.
Y toda semilla es un mundo.
Pero un mundo tan pequeño
que nadie puede acostarse
sobre siete colchones
y sentir una semilla debajo.
Nadie excepto una princesa de verdad.

El príncipe sabía lo del guisante.
Así que esperó la mañana con impaciencia.

Cuando la chica se levantó, la reina le preguntó:

—¿Cómo has pasado la noche?

—No muy bien —respondió la chica—.
Algo me incomodaba y casi no pude dormir.
La reina y el rey se alegraron.
¡La chica había sentido el guisante!

¡Era una princesa de verdad!
Y animaron al príncipe para que se casara con ella.

Pero él no confiaba demasiado
en la opinión de su madre y de su padre.
Así que pidió esperar unos días.

La chica se sumó a las costumbres de palacio.
Hablaba con la reina de día
y con las chicas de la servidumbre de noche.
Pero cuando salía la luna, subía a los balcones
y allí conversaba con el príncipe por largo rato.

Una mañana se escapó hasta las caballerizas
y acarició al caballo blanco.
El caballo la miró como si la conociera.

Entonces ella empezó a cantar:

Del sol y de la sombra nace el verde,
del bosque y de la lluvia nacen los perdidos.
Que se vuelva agua dulce la tormenta,
que acaricie de amor al peregrino.

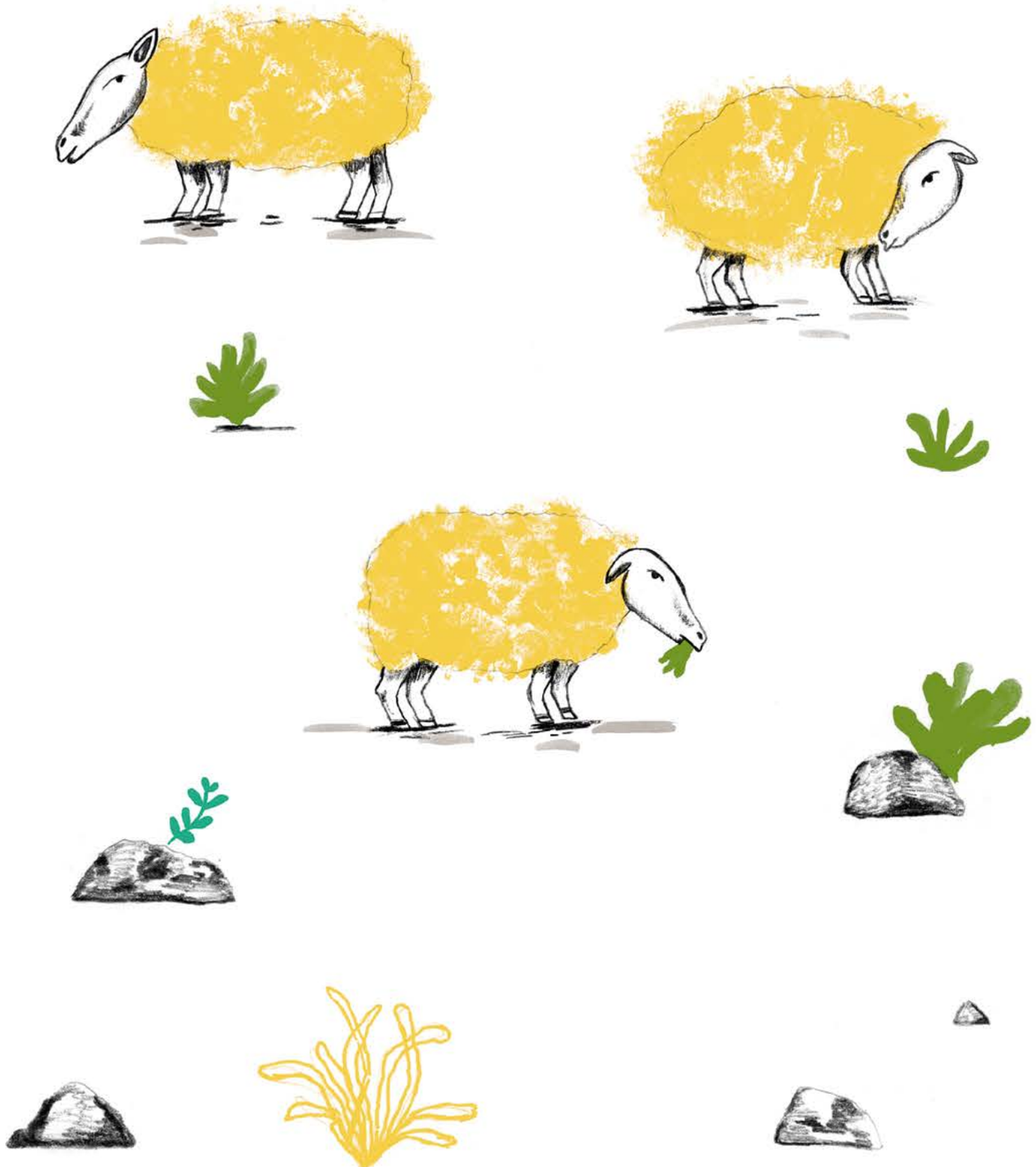
Cuando el príncipe escuchó cantar a la joven,
reconoció la voz que había escuchado
en los caminos lejanos.
Y recordó la mirada de la chica del puente.

Entonces estuvo seguro y tranquilo
porque la conocía desde antes.
Y también había soñado con ella.

El príncipe y la princesa se casaron
y vivieron felices.

Y el guisante rodó por un camino de viento
y llegó hasta aquí
para golpear a la puerta de este cuento.

*



Pedro y el lobo

Origen: **Rusia**

Este relato circuló
de **boca en boca**[1]
durante siglos.
No tiene un autor individual.
Pero inspiró a muchas personas
que eligieron escribirlo.

Autora de esta versión: **Liliana Bodoc**
Adaptación a lectura fácil: **Lengua Franca**
Ilustraciones: **Pablo Picyk**

[1] Un relato pasa de **boca en boca** cuando las personas se lo cuentan.

*

Los pastores siempre llevan un bastón largo,
una **bota**[2] de cuero llena de agua fresca
y un perro.

Pero hay pastores que tienen menos suerte.
Por ejemplo, Pedro.

Pedro era un pastor muy joven.
Llevaba una rama de árbol en lugar de bastón.
Usaba sus manos para beber agua del río.
Y solo le quedaba el recuerdo de su perro ovejero,
que lo acompañó hasta que se puso viejo.

[2] Una **bota** es un recipiente hecho de cuero de animal que sirve para beber agua o vino.

Aunque era casi un niño, Pedro era muy cuidadoso.
Contaba las ovejas por la noche,
antes de regresar a casa.
Así estaba seguro de que no le faltaba ninguna.

Y era capaz de distinguir
una oveja de otra
como un padre distingue a sus hijos.
Hasta nombres les había puesto:
Sasha, Alesandrina, Dunia, Lenka, Zina…
Y así hasta completar el **rebaño**[3].

Pero las ovejas no son perros ni amigos.
Por eso, cuando Pedro las llamaba por sus nombres,
ellas no obedecían.

[3] Un **rebaño** es un conjunto de ovejas.

A veces, las tardes de invierno
parecían interminables.
Como un ovillo de lana blanca
que nunca termina de desenredarse.

Una tarde de invierno, Pedro se sentó
junto a sus ovejas y buscó conversación.

—¿Cómo estás, Alesandrina?
¿Te gusta este pasto?

La oveja ni siquiera lo miró.
Continuó su camino hacia donde había pasto más tierno.

Entonces, Pedro buscó conversación
con otra oveja.

—Hola, Zina. Si querés podemos conversar un rato.
Vos me contás de tu familia y yo…

Pero antes de que el pastor terminara,
Zina dio media vuelta y se fue.

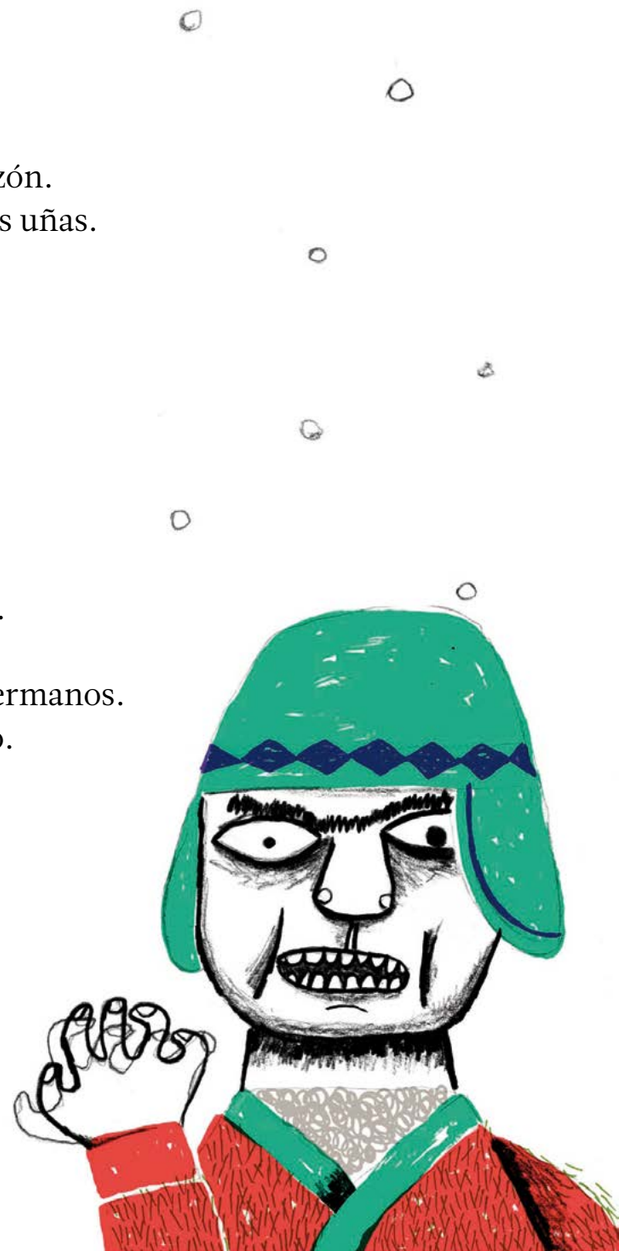
Pedro estaba solo.
No tenía perro ni tenía amigos.
Entonces, comenzó a juntar
sentimientos amargos en el corazón.
Igual que la tierra se junta bajo las uñas.

Acumuló tristeza.
Juntó enojo.
Y también juntó envidia.

Estaba triste por su triste suerte.

Estaba enojado
con aquellas ovejas maleducadas.
Sentía envidia de los niños
que pasaban las tardes con sus hermanos.
O iban a pescar con su papá al río.

¡Cuánto duele la soledad
en esos campos de Rusia!
Cuando el frío corta el aire
como un cuchillo
y el cielo parece una capa gris.



Y bien.
Esa tarde Pedro estaba más enojado, triste
y envidioso que de costumbre.
Primero peleó con sus ovejas.

—¡Sos fea, muy fea, Sasha! ¡Fea, muy fea!

Pero Sasha no usaba espejo.
Así que no sabía si era linda o fea.
Por eso lo miró con sus ojos de oveja.

Pedro insistió con Lenka:

—¡Miren a Lenka!
Ella solo sabe decir “Beee, beee”.

Y Lenka dijo:

—Beee.

De pronto, Pedro tuvo una idea que lo hizo sonreír.
¡Asustar a las ovejas!

Pedro pensó que era una gran idea.
Así que se escondió detrás de un árbol,
se puso en cuatro patas
y empezó a **aullar**[4] como un lobo.

Las ovejas eran ovejas, pero no eran tontas.
Todas sabían cómo aullaba un lobo verdadero.
Y conocían su olor.
Y sabían cómo era su sombra.
Así que el aullido y la sombra de Pedro
no les dio miedo.
Siguieron **pastando**[5] como si nada.

Pedro se puso más furioso todavía.
Y tuvo otra idea.
Si no podía engañar a las ovejas,
tal vez engañaría a la gente de la **aldea**[6].

[4] **Aullar** es hacer sonidos como los que hacen algunos animales.
[5] **Pastar** es comer pasto.
[6] Una **aldea** es un pueblo pequeño.

¡Qué feliz se puso!
Tanto que empezó a bailar
alrededor de la rama que usaba como bastón.

Imaginaba que todos saldrían de sus casas.
Los niños tendrían que suspender sus juegos.
Y los pescadores tendrían
que abandonar sus redes de pesca.

—Jajarajá —se reía.
Y se reía otra vez:

—Jajarajá.

Cuando se le acabó la risa,
se preparó para mentir.
Subió a lo alto de la colina,
y gritó muy fuerte:

—¡Socorro! ¡Socorro, vecinos!
¡El lobo nos ataca!

Y sucedió tal como había imaginado.

Toda la gente de la aldea abandonó
lo que estaba haciendo.
Porque en esas aldeas de Rusia, los lobos
dan más miedo que las brujas
y las tormentas.

Hombres, mujeres y niños tomaron
escobas, **azadas y rastrillos**[7] y remos
para espantar al animal.
Y salieron para ayudar al pastor.

Pero cuando llegaron a donde estaba Pedro,
no había ningún lobo.

—¿Dónde está?

—¿Se llevó alguna oveja?

—¿Estás bien? —le preguntaron.

[7] Las **azadas y** los **rastrillos** son herramientas para trabajar con la tierra y el pasto.

Pedro puso cara de susto
y habló con voz de espanto:

—Se fue, queridos amigos.
El lobo los escuchó llegar y huyó.

Los vecinos respiraron con alivio.
Y regresaron a sus tareas
diciendo **bendiciones**[8].

Pedro estaba tan divertido con su mentira
que no pudo esperar para reírse.
Tomó la rama y volvió a bailar a su alrededor.
Esta vez se rio tan alto que los vecinos
pudieron oír sus carcajadas.

—¿Es Pedro el que se ríe así? —preguntó uno.

—¿Por qué se ríe de esa manera? —dijo otro.

—¡Vamos a ver! —gritaron todos.

[8] Las **bendiciones** son buenos deseos.

Cuando las personas de la aldea regresaron, descubrieron a Pedro muerto de risa y cantando:

—Jajarajá… La aldea entera creyó mi mentira. Jajarajá… ¡Volveré a hacerlo todos los días!

Los aldeanos comprendieron que Pedro los había engañado.
Y gritaron enojados:

—¡Te agarramos, muchacho!

—¿Nadie te enseñó que no se juega con los lobos?

—Sos un mentiroso.

—Un sinvergüenza, un mal pastor y un mal vecino.

Hombres, mujeres y niños se alejaron. Pero esta vez, no decían bendiciones sino todo lo contrario.

Al día siguiente, hacía un frío terrible
y nevaba.
Pedro volvió al campo con sus ovejas.
Recordó lo que había sucedido
y quiso reírse.
Pero no pudo.
No había caso, la risa no le salía bien.

Se sentó bajo un árbol
y empezó a comer un pedazo de pan.
Estaba apenado.
Tan apenado que cerró los ojos
para no llorar.

Pero, mientras Pedro se dormía,
alguien se acercaba.

Un animal oscuro y hambriento
llegaba paso a paso.
Era un lobo que caminaba hacia el rebaño
con la lengua babeando entre sus largos colmillos.

El viento hacía desaparecer el olor del lobo.
Y la nieve disimulaba su cuerpo.
Por eso las ovejas no notaron su presencia.

Sasha, Alesandra, Dunia, Lenka
y otras ovejas
comenzaron a pedir ayuda: “Beee, beee”.
Ya era demasiado tarde.
El lobo ya estaba sobre ellas.

Pedro corrió desesperado
y empezó a llamar a sus vecinos.
Esta vez su miedo era verdadero.

—¡Socorro, el lobo! —gritaba—. ¡Viene el lobo!
¡Va a devorar a todas mis ovejas!
¡Ayuda, vecinos! ¡Ayuda!

Pero a las personas de la aldea no les importó.
Nadie le creía.

—¡Bah, es otra vez ese pastor mentiroso! —decían.

—No va a volver a engañarnos.

Solo una niña de cabello corto y colorado dudó.

—¿Y si ahora es cierto?
¿Y si el lobo lo está atacando?—dijo la niña.

Pero su voz era tan suave
que nadie le prestó atención.

En el campo solo quedaban Pedro, su rama,
el viento y el frío.
No quedaba ni una sola oveja.

Pedro lloraba por la pequeña Sasha,
y por la lanuda Alesandrina.
Por Lenka, Zina y Dunia.
Y las lágrimas se le congelaron en las mejillas.

Era de noche.
Volvió a la aldea llorando
y sin sus ovejas detrás.

Vio a los vecinos por las ventanas.
Comían y conversaban junto al fuego.
A nadie le importaba su pena.

De pronto, una niña de cabello corto y colorado
le sonrió con dulzura detrás de un vidrio.

¡Alguien le sonreía!
Y Pedro supo que no estaba solo.

Si no estaba solo, no iba a enojarse
ni a ponerse triste o envidioso.
Si no sentía enojo, ni tristeza ni envidia,
no tendría razones para mentir.
Si no mentía, podría ser
el mejor pastor de la aldea.

*

La sopa de piedra

Origen: **España**

Este cuento circuló de boca en boca.
Muchas personas lo contaron.
Y muchas personas lo escucharon.
Así la historia creció.
Primero viajó por toda España.
Después, siguió
adonde sus habitantes
quisieron llevarlo.

Autora de esta versión: **Ruth Kaufman**
Adaptación a lectura fácil: **Lengua Franca**
Ilustraciones: **Fernanda Cohen**

*

Un soldado volvía a su casa
después de la guerra.
Llevaba horas caminando.
De pronto, sintió hambre
y su estómago crujió como una puerta vieja.

Entonces, vio un **caserío**[1] a lo lejos
y apuró el paso.
Caminó y caminó hasta que llegó a las casas.

Era cerca del mediodía.
Paró frente a una puerta de madera
y golpeó.

Toc toc.

[1] Un **caserío** es un conjunto de casas
muy cerca una de otra, en el campo.

La puerta se abrió apenas.
Una mujer joven apareció
con un niño asomado entre sus piernas.

—¿Diga? —dijo la mujer.

—Buenas tardes. Soy un soldado
—respondió él con su uniforme de soldado.

Ella agregó:

—¿Sí?

Un aroma intenso a guiso salía de dentro de la casa.

"Tengo que ser directo"—pensó el soldado.

—Con todo respeto, señora.
Tal vez usted tenga alguna cosita para mi almuerzo.
Lo que sea…

—Lo siento, lo siento tanto
—lo interrumpió la mujer—.
Pero no tenemos nada, nada…

Y siguió repitiendo “Nada, nada”
hasta que cerró la puerta
delante de las narices del soldado.

Él no se desanimó.
Fue hasta la casa de enfrente y golpeó
otra vez.

Toc toc.

Esta vez la puerta se abrió por la mitad.
Un hombre enorme ocupó todo el espacio.
Era tan alto como el soldado,
pero el doble de gordo.

—Buenas tardes —dijo el hombre.

—Buenas tardes —repitió el soldado.

Luego hubo un silencio demasiado largo
hasta que el soldado habló:

—Buen hombre, ¿podría darme usted
alguna cosita para comer?

La panza del soldado volvió a crujir de hambre.

—Con gusto le daría —dijo el hombre—,
pero se nos acabó todo lo que teníamos.
Mañana, venga mañana y…

El hombre cerró la puerta
antes de terminar la frase.

El soldado volvió a intentar en otra casa.
Y otra vez le dijeron que no,
que les gustaría, pero no tenían más alimentos.
Ni migas de pan debajo de la mesa.

El soldado probó una cuarta vez
y tuvo la misma respuesta: “No”.

Entonces pensó enojado:
“¡Nadie me da algo de comer!
¡Pueblo de porquería!
¡Ojalá se les sequen los cultivos,
se les mueran todos los animales,
les caiga la **langosta**[2], el **granizo**[3], la sequía!”.

Las **maldiciones**[4]
le aliviaron el enojo,
pero no le sacaron el hambre.

[2] Las **langostas** son insectos.
Cuando millones de langostas vuelan sobre los campos, causan daños a los cultivos.
[3] El **granizo** son pequeñas bolas de hielo que caen como lluvia.
[4] Las **maldiciones** son deseos malignos contra una o varias personas.

Entonces se agachó
y recogió una piedra.
La limpió con la manga de su camisa
y la guardó en la mochila.

Luego, el soldado cruzó el pueblo caminando
y golpeó a la puerta de la última casa.

Toc toc.

Una mujer y una nena se asomaron.

—Buenas tardes —dijo el soldado.

Abrió la mochila y sacó la piedra con delicadeza.

—Soy un soldado que viene de lejos.
Como es la hora de almorzar,
pensaba cocinar mi sopa de piedra.

—¿Sopa de piedra? —preguntó la mujer con intriga.

—¿Nunca la probó?

—Jamás.

—No sabe lo que se pierde —dijo el soldado—.
Yo le puedo convidar, claro.
Solo preciso una olla con agua
y una cuchara larga para revolver.

La mujer entró en la casa
para buscar una olla y una cuchara larga.
Mientras, el soldado recogió unas ramas
e hizo un fuego a la vista de todos.

Cuando la mujer volvió,
el soldado puso la olla con agua sobre el fuego.
Luego, tomó la piedra, la acarició,
murmuró[5] unas palabras
y metió la piedra dentro de la olla.

[5] **Murmurar** es hablar en voz muy baja.

La niña de la casa lo miraba en silencio.
El soldado revolvía con la cuchara larga.

—¿Puedo revolver? —preguntó la niña.

—Con mucho cuidado
y siempre para el mismo lado —dijo el soldado.

Otros dos chicos se acercaron.
El soldado tomó la cuchara,
sacó un poco de agua, la probó y sonrió.

—¿Está rica? —preguntó un chico.

—No está mal —dijo el soldado—,
pero con unas papas quedaría mejor.

—¡Yo tengo! —dijo el chico
y salió corriendo para su huerto.

—¡Y yo! —dijo otro el otro
y salió corriendo a buscar una papa.

Los chicos regresaron con dos papas,
cuatro zanahorias y una batata.
El soldado metió todo en la olla
y siguió revolviendo.

Un viejo y su hija que venían por el camino
se acercaron al fuego.
La chica llevaba un bebé en brazos.
Otros chicos también se acercaron.

El soldado volvió a probar.

—¿Y...? —preguntaron a coro los niños.

—Va muy bien —dijo el soldado— ¡Muy bien!
¿Quizás quede mejor si le agregamos
algo de carne o de gallina?

Esta vez, los otros chicos salieron corriendo.
Y volvieron con sus madres.
Las señoras traían media gallina
y varios huesos rodeados de carne.

El soldado echó todo en la olla
y siguió revolviendo.
Casi todos los habitantes del caserío
estaban a su alrededor.

La gente miraba adentro de la olla y comentaba:

—¡Qué bien le quedaría un repollo!

Y salían a buscarlo.

—¿Y unas arvejas?

—¡Nunca he visto una sopa sin apio ni acelga!
¡Iré a buscar!

Cada cual traía un alimento, un condimento,
un secreto de sus mejores sopas.

Nadie quería ser menos.

Un rato después, el soldado levantó la cuchara
y pidió silencio.

Revolvió, probó y dijo:

—¡Excelente! Solo le faltan unos granos de sal.

Sal era lo único que el soldado tenía en su mochila.
Así que sacó la sal y la echó en la olla.
Entonces invitó a todos a comer.

Una señora trajo pan
y un señor muy gordo trajo vino.

El soldado fue sirviéndoles a todos.
Brindaron y comieron
hasta que en el fondo de la olla
solo quedó la piedra.

La niña de la primera casa miró la piedra y pidió:

—¿Me la puedo quedar?

El soldado observó a la niña.
Sacó la piedra de la olla y dudó.
Grandes y chicos se quedaron callados.
¿Le daría la piedra a la chica o no?

—Está bien, te la daré —dijo el soldado.
Pero con una condición: nunca comas sola
la sopa que hagas con esta piedra.

—Si me permiten —agregó—, todavía me falta algo.

Cortó unas rodajas de pan.
Luego limpió la olla con el pan
y se lo comió a grandes bocados.

—Ahora sí —dijo el soldado.

Y le devolvió la olla a la señora.

—Tenga usted, amable señora. Muchísimas gracias.

—Merecidas —dijo la mujer.

—Yo debo seguir andando—se despidió el soldado—.
Pero les dejo la piedra y la receta.

Y volvió al camino con la panza llena
y el corazón contento.

*

Autorxs e ilustradorxs

Ricardo Mariño
(Chivilcoy, 1956).
Es escritor y periodista.
Casa de las Américas, Editorial Susaeta e IBBY
premiaron su obra.
También recibió el Premio Konex
en reconocimiento a su trabajo
en literatura infantil.
Su libro de cuentos *Silbidos en el cielo* obtuvo
el Segundo Premio Municipal.

Eva Mastrogiulio
(Buenos Aires, 1980).
Es diseñadora gráfica egresada
de la Universidad de Buenos Aires.
Fue profesora de Morfología (FADU, UBA)
durante varios años.
Desde el año 2006 diseña y realiza ilustraciones
para marcas de ropa, libros infantiles,
agencias de publicidad y prensa.
www.evamastrogiulio.com.ar

Franco Vaccarini
(Lincoln, 1963).
Escribe poesía y narrativa.
Se especializó en obras infantiles.
Obtuvo la Mención de Honor
del Fondo Nacional de las Artes
por *La pasajera encantada*.
Ganó el premio El Barco de Vapor
por su novela *La noche del meteorito*.
Lleva publicados más de 50 títulos.

María Elina Méndez
(Buenos Aires, 1975).
Es egresada de la carrera
de Diseño de Imagen y Sonido
de la Universidad de Buenos Aires.
También estudió fotografía, artes plásticas,
escenografía e ilustración.
Desde 2011 forma parte de la galería Mar Dulce.
www.mariaelinamendez.com

María Cristina Ramos
(Mendoza, 1952).
Es profesora de Literatura.
Escribió y publicó cerca de 20 libros.
Su obra fue distinguida
por las delegaciones de IBBY de México
y Argentina (ALIJA).
Fue candidata al Premio Christian Andersen
por la Argentina.
Fundó la editorial Ruedamares.

Cynthia Orensztajn
(Buenos Aires, 1973).
Estudió Diseño Gráfico
en la Universidad de Buenos Aires.
Fue diseñadora gráfica
en varios estudios de diseño
y agencias de publicidad.
Se formó como ilustradora en los talleres
de Mirella Musri, Claudia Legnazzi,
Edgar Ródez e Istvansch.
Ilustró numerosos libros infantiles.
www.orensztajn.com.ar

Liliana Bodoc
(Santa Fe, 1958 – Mendoza, 2018).
Fue licenciada en Letras.
Su primera novela fue *Los días del Venado*.
Con ella comenzó la "Saga de los Confines".
Y obtuvo una mención especial
de los premios The White Ravens.
En 2004 recibió el Premio Konex
en la disciplina Literatura Juvenil.
Y en 2014 recibió el Konex de Platino.

Pablo Picyk
(Buenos Aires, 1978).
Se dedica al dibujo, la pintura, el diseño gráfico
y la construcción de objetos.
Publicó varios libros.
Pero sus trabajos también pueden verse
en revistas y diarios, pósters, televisión,
productos y proyectos sociales.
www.pablopicyk.com.ar

Ruth Kaufman
(Buenos Aires, 1961).
Es poeta y narradora.
El Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay
la distinguió con el Premio Nacional de Narrativa.
Y el Ministerio de Cultura de la Argentina
con el Premio Nacional
de Literatura Infantil y Juvenil.
Fundó la editorial Pequeño Editor
junto con Diego Bianki.

Fernanda Cohen
(Buenos Aires, 1979).
Estudió Ilustración en la School of Visual Arts
en Nueva York.
Allí vivió 12 años.
Ilustra para editoriales, diseñadores de moda
y agencias publicitarias.
Recibió 80 premios internacionales.
www.fernandacohen.com

Este logotipo identifica los materiales que siguen las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Library Associations and Institutions) e Inclusion Europe para textos en lectura fácil.

Lo otorga Lengua Franca (www.lenguafranca.org).

LIBROS Y CASAS

¿Te cuento un cuento?

Relatos clásicos para chicxs adaptados a lectura fácil

Las historias de “Hansel y Gretel”, “Caperucita Roja”, “La princesa y el guisante”, “Pedro y el Lobo” y “La sopa de piedra” nos acompañan desde siempre. Pasan de boca a oreja dentro de las familias y de una familia a otra desde hace mucho tiempo.

Por eso es importante leerlas una y otra vez hasta saberlas de memoria. Hasta dormirnos y soñarlas. Hasta despertarnos hablando del lobo, de la princesa y de la bruja como si estuvieran allí.

ISBN 978-987-8915-48-7

librosycasas.cultura.gob.ar

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat
Ministerio de Educación
Ministerio de Cultura
Argentina